

La Princesa está en Burgos

Depuración histórica de un sonado episodio del
reinado de Alfonso X el Sabio

CAPITULO I

Introducción

I. LAS FUENTES DE LA LEYENDA. — II. LA RECONQUISTA. — III. LA INFANTA
EN ALICANTE.

I. *Las Fuentes de la Leyenda.*—La ingenuidad de muchos de los antiguos cronistas, cuando no su escaso celo en depurar las noticias que acopiaron, se tradujo a veces en atribuir a los reyes, ya una silueta más prócer de la que tuvieron, ya deslices en los que no llegaron a incurrir. En este último caso, está el insigne Monarca de Castilla Alfonso X el Sabio. En torno a su figura, se urdió la trama de un episodio interesantísimo, tejiéndola con sedas de colores, tan vivos cuan poco resistentes a la luz de la crítica histórica. Doña Violante, la joven esposa del Monarca, la princesa Cristina, hija de Haakon Haakonson el Viejo de Noruega y el infante Don Felipe hermano del rey Sabio, desempeñan los principales papeles junto a Don Alfonso, en los hechos que en la historia, la tradición y la leyenda, dejaron huellas suficientes para reconstruir el episodio. La tarea de reunir los datos más salientes, no es difícil, porque son bastantes los que existen. Unos están dispersos en libros y pergaminos y otros llegaron por tradición oral hasta nosotros, fundamentalmente tradiciones de Alicante, en la cual ciudad, antes villa, acaecieron los hechos básicos del episodio. La dificultad real, consiste en coleccionarlos todos en un solo conjunto, porque no se hallan así en ninguna de las fuentes de que disponemos, siendo preciso, por lo tanto, articular en una única narración, los elementos aislados que naturalmente deben integrarla. El Folklore local que en este caso, nos ha transmitido los hechos con más fidelidad que los historiadores, fué sin duda relicario precioso en otro tiempo, pero hoy

sólo conserva contados restos de lo que integró su rico contenido y que no se refieren más que a las primeras jornadas de la narración. Estas, sin embargo, son importantísimas y excepcionalmente útiles para inducir, después, la verdad histórica de todo lo que se ha dicho y se ha escrito sobre el asunto.

A título de antecedente, daremos al lector una idea aproximada del sitio y el momento en que se iniciaron los hechos que vamos a narrar y pretendemos depurar. La acción comienza en Alicante a mediados del siglo XIII y concluye poco después, en tierras burgalesas.

II. *La Reconquista.*—La importantísima plaza aludida, sita en las fronteras orientales del antiguo reino de Murcia, formaba parte del territorio que adjudicaron los tratados a la expansión conquistadora de Castilla. El señorío del lugar, no pertenecía, sin embargo, a Aben-Hud, soberano de aquel reino, sino a Abu-zeyan, último rey moro de Valencia, que perdida la ciudad del Turia, hubo de trasladarse a la de Denia, con buena parte de sus vasallos. Desde allí, sin nadie que le estorbase por la costa la comunicación con nuestro fuerte y apoyándose en él para sus operaciones militares, vino con frecuencia a los dominios de Aben-Hud, entorpeciendo y retrasando la incorporación efectiva de los mismos a la corona de San Fernando. Nuestra villa, no obstante, fué rescatada del poder de los árabes en vida de aquel Monarca, por su hijo el príncipe Don Alfonso. Los cristianos ocuparon primeramente la plaza, mediante pactos amistosos con los moros, pero rebelados éstos, al poco tiempo, fueron batidos y expulsados por el príncipe en año probablemente no anterior al de 1248. La escasa guarnición que hasta entonces había habido en la villa y su castillo, fué reforzada enseguida con los contingentes de cristianos indispensables para precaver los peligros del momento, ya que interesaba sobremanera a la corona castellana, asegurar la posesión del lugar, tanto por ser la salida más breve y fácil de la meseta al Mediterráneo, como por tener en la cumbre de su Benacantil, el castillo más fuerte de la región, llave y guarda por lo tanto de toda esta parte del reino. De aquí el amor y empeño con que apenas subió al trono Don Alfonso, se cuidó de Alicante, colmándole de privilegios y franquicias, que no dejó de concederle hasta los últimos años de su reinado. Durante éste, lo mismo que antes de su comienzo, estuvo en nuestra villa repetidas veces, unas, sólo y otras, con su mujer Doña Violante.

Probablemente cuando nos visitó con ella para convertir en templo cristiano consagrado a la Virgen, la Mezquita de los árabes expulsos, diéronse cuenta los infantes, de que nuestra plaza no solo era estimable por su castillo y su puerto, sino también por los atractivos de que la naturaleza le había dotado; la suavidad del clima, la diafanidad del cielo y la alegría del mar, orlando de encajes blancos las playas más risueñas de todo el litoral. El contraste con la gleba de Castilla, era demasiado fuerte para sustraerse a

la mirada de los príncipes, y éstos, en plena luna de miel, decidieron establecer en Alicante su residencia de recreo, especialmente para la tierna compañera de Don Alfonso, que no necesitaba ir a toda hora de un lado para otro, como su marido, cuidando de los menesteres de la paz y de la guerra.

III. *La Infanta en Alicante.*—Al N. del Benacantil, o cerro del castillo, se extiende un ameno campo de aires puros y bellos horizontes, llamado el «Bon Repós». Desde sus casonas y heredades se domina, por una parte, el espejo azul del Mediterráneo que asoma entre dicho cerro y los de Santa Ana y San Julián, y por otra, las crestas altivas de las montañas que limitan el paisaje tierra adentro. La amenidad de este campo, justificó, siempre bien, el nombre de «Bon Repós», que se le dió por el motivo concreto que sabrá quien leyere. En aquel siglo debía ser todavía más atractivo que en el nuestro, porque entonces brotaban fuentes y corrían arroyos que hoy no existen, con lo que el valle podía llenarse de frondas y los huertos de frutos y de flores. Todo hace pensar, en fin, que en aquellos días, el «Plá del Bon Repós» era un vergel. ¿Qué lugar mejor para sus Altezas? Por serlo, seguramente se le eligió para residencia de los príncipes. Construyéronse casas y dependencias adecuadas al objeto o se habilitaron las mejores de las preexistentes, quizá la propia quinta de Abu-zeyan, el antiguo real señor, moro, y aquí quedó instalada la infanta, mientras Don Alfonso repartía su tiempo entre su casa de campo de Alicante y las ciudades y villas a donde le llevaban los arduos negocios del Gobierno.

Las afirmaciones y conjeturas anteriores, se ajustan a la verdad, o por lo menos, no están en pugna con ninguno de los hechos comprobados. Veamos ahora los que integran la tradición y la leyenda, para distinguir después los verdaderos de los falsos.

CAPITULO II

El Episodio

I. EL VERGEL DEL BON REPÓS.—II. LA REINA NO ES FELIZ.—III. LA EMBAJADA A NORUEGA Y LA PRINCESA A ESPAÑA. — IV. LA REINA EN BON REPÓS Y LA PRINCESA EN BURGOS. — V. LAS BODAS DE UN ABAD.

I. *El Vergel del Bon Repós.* — Todo cuanto puede hacer grata la vida a una princesa, se concertaba en torno de la nuestra, desde que viniera a enriquecer con las gracias de su juventud y el esplendor de su alcurnia, la deliciosa mansión del Bon Repós. Sus bodas con el infante, evitaron la guerra entre Castilla y Aragón. Las victorias de aquél en Murcia y las de Don Jaime en Valencia, habían ensanchado los dominios de las dos coronas y forta-

lecido su prestigio. Los horizontes de ambos reinos, el del padre y el del suegro de Doña Violante, empezaban a mostrarse por todas partes, limpios de nubes y neblinas. Don Alfonso parecía enamorado de su esposa. Las ricas hembras que la acompañaban, se desvivían por servirla y complacerla; y los caballeros de la conquista, entre quienes se repartieron las heredades del término, rivalizaban en obsequiar a los Infantes con los frutos más sabrosos de sus predios. Los moros que los cultivaban, cumplían a gusto la voluntad de sus señores, superándola a veces con presentes traídos de otros sitios. Un día, era la miel del Mariola, la que llegaba de regalo para la mesa de los príncipes; otro, las uvas blancas de invierno, tersas y jugosas, de los parrales de Jijona; otro, las fresas primerizas de Busot, rojas como rubíes, y en todo tiempo y a toda hora, lo mejor de lo que daba la estación en muchas leguas a la redonda.

Desde los ajimeces del palacio que construyera tal vez Abu-zeyan, se dominaban paisajes cegadores de luz. Las crestas de cien montañas, lo recordaban caprichosamente en los horizontes, bajo el fanal del cielo levantino. En las lejanías los picachos audaces del Montcabrer y la Aitana; en un plano más próximo, las cumbres del Maimó y las del Cid, que dominara antaño Ruiz Díaz de Vivar; y en los linderos mismos de la comarca el macizo del Cabezo de Oro, llamado así por el que guardaban sus grutas misteriosas. El espejo del mar a un lado y otro del Alcodra, ponía vislumbres de zafiros en el conjunto, de suerte que ni en invierno, carecía el cuadro de colores vivos, que jugasen bien con el verdor perenne de las pinadas en las serranías y de los olivares en las tierras bajas. En el jardín de los príncipes, lleno siempre de flores perfumadas y pájaros cantores, había frondas de tamarindos y arrayanes, de las que emergía de trecho en trecho la esbeltez de una palma, dibujando en el azul de las alturas, el abanico de sus frondes y el collar dorado de sus tamaras. A su sombra, se moteaban de rojo los brotes de los granados. La frescura de la brisa en el verano y la hoguera del sol en pleno enero mitigaban el rigor de las estaciones extremas. En la Candelaria, cuando Castilla y Aragón, aún morían de frío, las ramas desnudas de los almendros, se llenaban aquí de mariposas blancas. La primavera, en plena y apretada promesa, había llegado.

II. *La Reina no es feliz.*—Pasaron unos años, cuatro a lo sumo, sin que nada turbase el amor y la paz de los esposos en el edén del Bon Repós. Pero poco a poco la escena fué cambiando, aunque el escenario siguiera siendo el mismo; Doña Violante y Don Alfonso, ya no eran los príncipes, sino los reyes de Castilla. Desde aquel momento empezaron a declinar los rosales que la augusta joven regara siempre con su propia mano. La reina estaba triste. Procuraba fingir que seguía alegre, orlando de sonrisas la grana de sus labios, pero sus ojos, claros y sinceros, no podían engañar a nadie. Las damas

de Palacio tardaron poco en comprenderlo. La reina estaba triste y se negaba a confesarlo. Era, pues, preciso limitarse a redoblar la solícitud y las finezas para distraerla y animarla. Organizáronse fiestas frecuentes y vistosas en las que tomaban parte tanto los pobladores cristianos de la villa, como los moros de los predios aledaños. Doña Violante, todo lo presenciaba y lo agradecía con la dulzura de sus sonrisas, pero seguía estando triste. Sus ojos no sabían mentir. Cuando los fijaba en los limoneros y naranjos de su huerto, que enlazando sus ramas, juntaban también sus frutos, aquellas limpias pupilas se empañaban un punto, como si una lágrima pugnase por descender a las mejillas. La púrpura de los naranjos y el oro de los limoneros, evocaban el brillo de las barras de Aragón en campo de gules, y la esposa del rey Sabio no podía sustraerse a una sospecha que le torturaba el corazón. ¿No habrían procedido con ligereza todos, cuando la sacaron de su país natal, para casarla con el Infante castellano? Porque la reina había descubierto la verdad más amarga que pudiera descubrir: el rey no la quería. El castellano, procuraba también recatar sus sentimientos. Ni una palabra, ni un gesto, los habían delatado hasta entonces, pero la sensibilidad de una mujer, tampoco los necesita para saber que su marido no la quiere. El rey no la amaba.

Sabido es que la hija de Don Jaime era una niña cuando contrajo matrimonio. A lo sumo, contaría doce años. No había motivo, pues, para alarmarse, si no tenía frutos de bendición a los cuatro días de celebrarse las nupcias. Pero Don Alfonso, en cuyos esponsales quizá pesaron más las razones de Estado que las de amor, comenzaba a impacientarse de que su tierna esposa no le diese un heredero tan pronto como él quisiera.

Ofuscado por el afán de tener hijos, el rey dejó de discurrir con la lucidez y el acierto que más tarde le conquistaron el sobrenombre de Sabio. Y no fué lo peor que discurriese mal, sino que lo hiciera hollando la dignidad y los derechos más sagrados de su esposa. La infanta aragonesa no se había arrodillado ante el altar, a condición de anularse el matrimonio si la contrayente resultaba estéril. Pero el Monarca pensaba de otro modo. El castellano, en fin, se decidió a repudiar a la reina para contraer un nuevo matrimonio, ya que en aquella época, era siempre fácil hallar un cabo suelto, al que cogerse, para entablar la demanda de divorcio, sobre todo, cuando el demandante llevaba sobre las sienes la corona de un reino.

Convenía, sin embargo, proceder con cautela para no verse sin mujer ni disgustarla antes de encontrar quien la sustituyese, a gusto del pretendiente y beneplácito de todos. Don Alfonso, pues, procurando que la reina no descubriese sus planes, dejó en alto la demanda de divorcio y buscó novia en las cortes extranjeras. Doña Violante acabó por descubrir los planes de su marido, pero no quiso darle a entender que los sabía, ni reaccionar airada contra ellos. Si alguna solución era asequible, no había de lograrse por la

violencia y el despecho, sino por otros caminos. La joven era devota férvida de la Virgen María, a cuyo amparo y consuelo recurría siempre en momentos de aflicción. Levantó a ella los ojos impetrando auxilio y dejó en sus manos la suerte del mal parado pleito.

Ocupaba entonces el trono de Noruega Haakon Haakonson el Viejo, uno de los reyes más poderosos que tuvo aquel país. Reinó desde 1217 hasta 1263. Aquel soberano tenía una hija de extraordinaria hermosura, la princesa Cristina. Hija de un gran rey, joven, hermosa y ricamente dotada ¿quién mejor para ocupar el puesto de que iba a ser expulsada la pobre infanta de Aragón? El castellano no buscó más y allá fueron sus embajadores con rumbo a Escandinavia para pedir la mano de la princesa, mientras la tierna y dulce reina de Castilla, quedaba llorando su desventura, en el vergel del Bon Repós, bajo el cielo más limpio de la costa levantina y a la vista de las olas más risueñas del Mediterráneo.

III. *La Embajada a Noruega y la Princesa a España.* — Los emisarios de Don Alfonso llegaron a la corte de Haakon, donde el Monarca los recibió con afecto, escuchando las pretensiones del español. Reunió a sus consejeros y después de oír su favorable dictamen comunicó a los emisarios de Castilla que la princesa Cristina vendría a la corte del rey Sabio para cumplir sus deseos. Seguramente Haakon dió por supuesto que el castellano estaba ya divorciado, pues en otro caso no hubiera escuchado a sus embajadores. En cuanto a la princesa, nada habría podido contra la voluntad del rey, pero nada tampoco tenía que objetarle. Casar nada menos que con un soberano de España, no fué nunca partido despreciable para la hija de ningún Monarca por poderoso que fuese. Y la de Haakon Haakonson el Viejo, aceptó con entusiasmo las nupcias que se le brindaban. Sin duda empezó a amar a su prometido antes de conocerle. Lo mismo le debió ocurrir respecto al país en que había de ser reina. La luz y las flores del Mediodía no podían menos de irrumpir espléndidas en la imaginación de una niña de ojos azules, como nuestro cielo, cabellos dorados como nuestro sol y tez como la nieve de los bosques escandinavos. Desde aquel momento, España y Don Alfonso, comenzaron a ser su sueño color de rosa.

El rey Haakon dió a la princesa objetos de oro, plata quemada, pieles blancas y grises y otras muchas cosas, tan bellas y de tan gran valor, «que hasta entonces jamás se había conocido un caso semejante de que en Noruega se hubiese dotado a la hija de un rey con tanta riqueza». El mismo rey, eligió a los magnates y prelados que habían de formar el séquito de la doncella. Figuraron en él el Obispo Hammerense, más de cien nobles caballeros y muchas damas de alta alcurnia. El propio Monarca, hizo construir una gran nave con cámara magnífica para quien iba a ser reina de Castilla. Cuando todo estuvo dispuesto, el barco zarpó de las costas de Noruega para dejar

a sus ilustres pasajeros en las del Norte de Francia. «El viaje se hizo a lo largo del mar atravesando altas montañas y siguiendo penosos caminos.

A la doncella le probó bien el viaje que le agradaba más y más a medida que se acercaba a España. Por fin pisaron las tierras de Castilla y llegaron a Burgos en día señaladísimo. Era el de Noche Buena. Fueron alojados en un monasterio donde se encontraba Doña Beringer, hermana del rey. Allí tenemos que dejarlos a todos, por ahora, para volver al Bon Repós de Alicante, donde mientras tanto había ocurrido algo importantísimo.

IV. *La Reina en Bon Repós y la Princesa en Burgos.* — Don Alfonso, que a pesar de lo que tramaba, no dejaba de frecuentar su casa de recreo, había ido diferiendo el momento de comunicar su decisión a Doña Violante. Su espíritu, tal vez, había reaccionado, pesaroso de la injusticia que intentaba. Quizá la concibió en un momento anormal, y luego, no tuvo ya entereza para rectificar su línea de conducta. Ni podía deshacer el camino andado, ni se atrevía tampoco a concluirlo. Se hallaba, en fin, cautivo de la abulia consiguiente a toda lucha entre sentimientos encontrados. En este punto las cosas, le llegaron las nuevas de los noruegos en España. La princesa está en Burgos. La noticia, no por esperada, dejaba de ser desconcertante. El rey la recibió consternado. Sabía que más o menos pronto, habría de suceder, pero no creyó nunca que los hechos le sorprenderían inerte, esto es, sin haberse separado de su esposa. En verdad que para decirle cara a cara, *baja del trono porque lo va a ocupar otra mujer*, se necesitaba más valor que para entrar en liza con los moros; sobre todo, no habiendo como no había, excusa discreta que disimulase el atropello. Pero la princesa estaba en Burgos, con su lucido séquito de magnates y damas de alta alcurnia, esperando que el Monarca fuese a ella para llevarla al pie de los altares. Era, pues, preciso poner término a situación tan crítica, sin perder minuto.

Y el rey de Castilla, que no había temblado nunca en el combate, llegó a su casa del Bon Repós y entró en la cámara de la aragonesa, confuso y trémulo como el más cobarde de los mortales. La reina y el rey se encontraron frente a frente; ella, mirándole con serenidad y dulzura; y el, con los ojos bajos, como temiendo que los cegase el brillo de los de su víctima. Sobre los labios de ésta, flotaba una sonrisa, acaso la primera espontánea que los había alegrado desde que la pobre niña descubrió el desvío de Don Alfonso. No sabía éste cómo empezar su discurso. Su esposa le ahorró el trabajo de pronunciarlo. Rodeándole el cuello con los brazos, murmuró unas palabras a su oído. No fueron muchas, pero sí expresivas. El rostro del Monarca se trasmutó de pronto, reflejando fielmente el cambio brusco operado en su corazón y su conciencia. Y en la cámara regia, estallaron dos besos, pero tan acordes y acoplados, que se oyó uno solo. A los pocos días, Don Jaime de Aragón recibió una carta de su hija la reina de Castilla, bendiciendo la tierra

de Alicante, porque en ella le había permitido Dios anunciar al Monarca castellano que su trono tendría un heredero. Desde entonces se llama el Buen Reposo el campo en que estuvo la regia casa de recreo.

V. *Las bodas de un Abad.*—No había ya posibilidad de drama entre los esposos, ni entre suegro y yerno, como la habría habido y de consecuencias gravísimas si los planes del divorcio no hubiesen terminado a la manera del cuento de la lámpara maravillosa. Pero quedaba en alto un capítulo difícil y penoso. La princesa Cristina estaba en Burgos, con la flor de la nobleza escandinava. El rey Haakon, esperaba la noticia del casamiento. Los horizontes del Sur se habían despejado, pero los del Norte, se llenaban de nubes. ¿Cómo conjurar la tempestad? El altruismo de la princesa noruega hizo posible una solución tan decorosa para todos, como triste para la doncella. Se recurrió al ardid de simular que la hija del poderoso Haakon Haakonson el Viejo, había venido a España para casar con uno de los hermanos del rey; el que más le agradase, entre los varios que podían aspirar a su mano.

El propio Don Alfonso, personado en Burgos, habló de todos ellos a la princesa y sus magnates, informándoles lealmente de sus cualidades, defectos y virtudes. Enrique, era buen caballero, pero se había sublevado contra él. Federico, cazador tan excelente como discreto gobernante. Sancho, con envidiables dotes para eclesiástico; y Felipe, Abad de Valladolid y Obispo electo de Sevilla, por el contrario, más que para el templo, servía para luchar con bravura con osos y jabalíes, era de carácter vivaracho y, en fin, un caballero irreprochable. ¡Lástima grande que equivocase su carrera! Porque en verdad que a todos gustaba para compañero de la princesa. Y como a ésta le sucediera lo mismo, eligió a Don Felipe y se casó con él, previa, naturalmente, su renuncia a la clerecía. Las bodas de la hija de Haakon Haakonson el Viejo con el Arzobispo electo de Sevilla, se celebraron el domingo siguiente a Pascua con pompa y esplendor inusitados. Así quedaron todos contentos, menos la pobre niña de ojos azules y cabellos dorados que, habiendo venido a España para ser reina, no pudo sobrellevar la decepción y murió de tristeza al poco tiempo.

En el capítulo próximo veremos lo que hay de fabuloso y de real, en este curiosísimo episodio.

CAPITULO III

I. VARIEDAD DE ELEMENTOS. — II. LOS HECHOS HISTÓRICOS. — III. INVENCIÓNES Y ERRORES. — IV. CONCLUSIÓN.

I. *Variedad de elementos.*—La mayoría de las afirmaciones que integran la narración anterior, en las fuentes escritas responden bastante bien a la verdad histórica o por lo menos reflejan una estimable parte de los hechos que podemos tener como indudables; las restantes son producto de la ligereza de

los cronistas que se ocuparon del tema, carentes de sentido crítico o de los medios necesarios para aplicarlo con éxito. La misma dualidad se observa en las aportaciones del folklore. Unas están basadas en indudables sucesos, avalados a veces con documentos curiosos; y otras son producto ingenuo de la fantasía popular. Todo aparte naturalmente del material secundario indispensable para tejer y vestir el episodio.

El origen de los principales errores sobre el mismo, parece deberse a la antigua Crónica de D. Alfonso el Sabio, que ya el Marqués de Mondéjar refutó con acierto (1). En ella se inspiraron, más o menos directamente, historiadores generales como Mariana, aragoneses como Zurita y murcianos como Cascales. La trama principal es la misma en todos los autores: la esterilidad de la joven reina de Castilla, el disgusto del rey, sus propósitos de divorcio, la embajada a Noruega, el viaje de la hija de Haakón a España, los síntomas de maternidad de Doña Violante, el compromiso de Don Alfonso y el casamiento de la princesa Cristina con el Obispo electo de Sevilla (2). Cascales, concreta los momentos culminantes en los términos siguientes: «Tras esto, el rey Don Alonso con lo que no tenía hijos de su mujer, desavenido con su suego, envió embajadores al rey de Noruega a pedirle por mujer una hija que llamaba Cristina con que comenzó a romper la guerra entre suegro y yerno»... y luego, «En este tiempo el rey de Noruega envió a su hija para efectuar el casamiento con el rey de Castilla; con su venida se vió confuso, porque la reina doña Violante estaba ya preñada, y hubo de casarla con el infante Don Felipe, su hermano, matrimonio que se disolvió bien en breve por muerte de la infanta, que del grande pesar falleció» (3).

En ninguna de las obras que nos ha sido dado consultar, se determina el sitio en que ocurrieron los hechos relacionados directamente con Doña Violante y su esposo. El conocimiento de esta parte, que es la básica, procede del folklore local y de la carta en que la reina de Castilla bendice la tierra de Alicante (4).

(1) Observaciones a la Crónica antigua de Don Alfonso el Sabio.

(2) Véase Lafuente, Historia de España. Tomo 6, pág. 15.

(3) Cascales. Discurso II. Cap. I. Pág. 21.

(4) Tan curioso documento fué dado a conocer por el Director del Museo Naval Sr. Guillén en una conferencia pronunciada en nuestro Ayuntamiento el año 1944. Lo publicaremos cuando obtengamos la copia literal que gestionamos actualmente en el Archivo de la Corona de Aragón. Mientras tanto, por lo que se refiere a su realidad, reproducimos a continuación lo que el Académico y descubridor de la carta Sr. Guillén, nos escribe acerca de ella en 18 de febrero del corriente año. «Nada en absoluto recuerdo en punto a signatura ni referencia de la carta de Doña Violante a su padre. Como el párrafo me lo sé de memoria, pues me impresionó —*beneida siga la terra d'Alacant...*— puedo garantizarla hasta donde llegue la fragilidad humana.» La indiscutible autoridad del Sr. Guillén, nos pone a cubierto de todo error.

Hasta 1929, solo conocíamos la versión de los autores indicados. Desde aquel año disponemos de otra fuente de conocimiento que nos ofrece excepcional interés. Trátase de la narración de la embajada española al rey Haakon de Noruega y del viaje de la princesa Cristina a España, escrita por el historiador escandinavo Sturla Tordarson, que compuso la de dicho rey alrededor de 1265. La traducción castellana de esta preciosa fuente de conocimiento no se hizo que sepamos hasta 1929, en que la publicó el Ministerio del Exterior de Oslo (5). Tanto por la nacionalidad del autor a que se debe, como por la época en que se escribió, tiene valor excepcional.

A la vista pues de todas estas fuentes, procuremos ahora, separar lo verdadero de lo falso.

II. Los hechos históricos.—Dos series de cuestiones que pueden aislarse sin esfuerzo, se presentan a nuestro examen. Las primeras son aquellas en que la figura principal es la reina de Castilla. Las segundas, son las que muestran a la princesa noruega en un plano de preferencia.

A) La estancia de Don Alfonso en Alicante, tanto antes como después de terminarse su conquista, no ofrece duda alguna. De una parte, convienen los historiadores, en que fué el príncipe quien ganó la plaza y de otra lo confirma el mismo rey en uno de sus privilegios (6). Y que ciñendo ya la corona, estuvo de nuevo en nuestra villa, lo comprueba otro de los mismos privilegios por estar expedido en Alicante (7). Se tiene además como incuestionable por todos los historiadores, que siendo infante D. Alfonso, estuvo con su esposa entre nosotros. Los datos más fidedignos de que disponemos, nos autorizan para suponer que una de las veces fué cuando se purificó la Mezquita, para consagrarla a la Virgen María, de quien Doña Violante era devota.

Pero el documento que desvanece toda duda, por referirse a un hecho fundamental es la carta de la aragonesa bendiciendo a nuestra tierra porque en ella había quedado encinta. Gracias al documento aludido, el hecho básico del episodio queda situado en Alicante. La supuesta tardanza de Doña Violante en dar heredero al trono, pudo o no ser el pretexto de que Don Alfonso pensara valerse para divorciarse, si es que alguna vez tuvo tal propósito; pero el hecho diáfano es que aquí se resolvió la situación, base principal del episodio.

B) Que Don Alfonso mandó a Noruega una embajada para pedir al rey Haakon la mano de su hija, fuera para quien fuere, y que aquel Monarca

(5) *Norwegian Trade Review*. Barcelona 1929. Páginas 55 a 58.

(6) «poblamos de cristianos la villa de Alicante que ganamos de moros». Valladolid 10 Abril 1258. Archivo Municipal. Arm. 5.º, Libro 50, Fol. 5.

(7) Fechado en Alicante a 12 de enero de 1257. Archivo Municipal. Armario 5, Libro 48.

accedió a la demanda, son afirmaciones que nadie ha puesto en tela de juicio. Están además corroboradas por las de Tordarson: «A los 40 años de haber reinado el rey Haakon», dice el noruego... «recibió la visita de unos emisarios del rey de España. Estos venían encargados de pedir al rey Haakon la mano de la princesa Cristina»... Conforme con el dictamen de su consejo, «el rey contestó prometiendo a los emisarios que enviaría a su hija la doncella Cristina, a España, de acuerdo con los deseos expresados por el rey en su mensaje». No se puede, pues, tildar de ilusos a nuestros cronistas, en cuanto a la embajada y la respuesta obtenida. Tampoco se les puede calificar de equivocados, respecto al viaje de la princesa a España. El propio escritor escandinavo, enriqueciendo los datos de los nuestros, consigna, entre otros pormenores, los que siguen: «el rey escogió los hombres que debían acompañarla. Pedro, Obispo de Hamar; el prelado Simón», y otros muchos varones ilustres fueron elegidos. «Se reunieron más de cien hombres. También formaban parte del séquito muchas damas de alta alcurnia». Seguidamente menciona los regalos de boda y describe el viaje a través de Francia y Cataluña hasta llegar a Burgos, donde dejamos nosotros a la princesa, mientras la reina y D. Alfonso se arreglaban de nuevo en Alicante.

Por último, que la hija del rey Haakon se casó con el hermano del de Castilla, es solución en la que convienen todos los autores, incluso el nórdico. «El miércoles de Ceniza, dice Tordarson, Don Felipe celebró esponsales con la doncella por la gracia de Dios, el consejo del rey de Castilla y con la voluntad propia de ella»... «Se decidió que las bodas se celebrarían el domingo siguiente a la Pascua Florida. Cuando llegó esta fecha las bodas fueron celebradas con el mayor esplendor posible».

III. Invenciones y errores.—Señalados los puntos en que acertaron la leyenda y los textos, veamos ahora lo que nos transmitieron unos y otros, en franca pugna con la verdad histórica o al menos con los datos más fidedignos de que disponemos.

La esterilidad de la aragonesa es postulado ineludible de toda la trama. Pero este prólogo es falso. El rey de Castilla no pudo alegar en modo alguno la esterilidad de su esposa, cuando envió embajadores a Noruega para gestionar el matrimonio de la princesa Cristina. Los emisarios hicieron el viaje en 1257, según consigna el historiador escandinavo: esto es a los cuarenta años de estar reinando Haakon, que subió al trono en 1217 (8). Ahora bien,

(8) Tanto la «Crónica del rey Don Alfonso X», como los «Anales de Cardeña» y las «Reinas Católicas», de Flórez, discrepan de esta fecha, ya que el último y documentado historiador, dice textualmente lo que sigue, tomado literalmente de las «Memorias de Cardeña»: «Era de MCCXCII (año 1254) entró en Burgos la Infanta hija del Rey de Noruega, e

en 1257, Doña Violante estaba cansada de ser madre. La infanta Doña Berenguela, primera de la prole copiosa que tuvieron los cónyuges, había ya nacido en 1253, como recuerda Lafuente resumiendo el texto del Marqués de Mondéjar (9). El privilegio en que se fijan los términos del nuevo municipio de Alicante, está fechado en Murcia en 1252, reinando Don Alfonso con su esposa Doña Violante y su hija Doña Berenguela (10). Es evidente que cuando el castellano mandó sus emisarios al noruego, no había ya modo de mezclar en el asunto la supuesta esterilidad de la reina.

La embajada del español no pidió al noruego la mano de su hija para Don Alfonso, sino para uno de sus hermanos. Los emisarios del castellano dice el escritor del Norte «venían encargados de pedir al rey Haakon la mano de la princesa Cristina para un hermano suyo». Después agrega, que oído el dictamen de sus consejeros «el rey contestó prometiendo a los emisarios que enviaría a su hija, la doncella Cristina, a España, de acuerdo con los deseos expresados por el rey en su mensaje o sea que la doncella iría a su país para elegir como esposo a aquel de los hermanos del rey que fuese más del agrado de ella y de los principales hombres de su séquito». Esta explicación, es admisible; la de nuestros textos, es absurda. Por ofuscado que estuviese Don Alfonso, ¿cómo se habría atrevido a pedir para sí la mano de la princesa sin estar divorciado previamente? ¿y cómo el rey Haakon habría puesto a su hija en aventura tan extravagante? Sabemos además que la doncella y su séquito entraron en España por Gerona y llegaron a Castilla cruzando Cataluña y

tomóla por mujer D. Felipe, hermano del Rey; e D. Felipe era electo de Sevilla e dexó el arzobispado».

Lo que realmente sucedió en 1257, por lo que a nuestros personajes puede hacer referencia, fué la celebración solemne de su enlace. Espigando en el relato del docto P. Flórez, diremos que el Rey dotó espléndido a los cónyuges con el Señorío de Valdecorneja y las villas de Piedraita y el Barco, pero que D.^a Cristina—pese a esta Real munificencia—y no pudiendo sin dolor verse Infanta, habiendo venido a España para Reina, finó muy pronto, minada su existencia por la melancolía. Berganza llegó a sospechar que tuviese su entierro en Covarrubias, por un sepulcro bien labrado, existente en aquella Colegiata, tradicionalmente tenido como última morada de un rey de Dinamarca, que es inverosímil falleciese en Castilla. No es ciertamente violento el supuesto del sepelio de la Princesa noruega en Covarrubias, habida cuenta de que su esposo fué Abad exento del bellissimo templo Colegial de esta villa de 1248 a 1258.

(9) Lafuente. Historia. Tomo y páginas citadas.

(10) Archivo Municipal. Armario 5. Libro 50, fol. 4. He aquí las frases y datos que nos interesan: «Conosuda cosa sea a todos los homens que ésta carta vieren como yo Don Alfonso por la gracia de Dios, Rey de Castilla», etc.... «en uno con la Reina Doña Violant mi muger e con mi fija la Infanta Doña Berenguela por facer bien et mercet a todos los caballeros» etc... «Fecha la carta en Murcia por mandato del Rey XXIX dias andados del mes de Agosto. En era de 1290 (1252 de J. C.) Véase igualmente la copia auténtica que aparece en los folios 64 y siguientes del volumen sobre deslinde y amojonamiento de Alicante con Monforte, de 1758. Archivo dicho.

Aragón, donde la noruega fué obsequiadísima por todos, incluso por Don Jaime. «Cuando la doncella llegó a Barcelona, dice Tordarson, salió el rey de Aragón a caballo con tres obispos y un enorme ejército a su encuentro, a cuatro leguas de la ciudad, prestándole gran homenaje. El rey mismo tomó también por la brida al caballo de la princesa y la condujo hasta la ciudad, brindando hospitalidad a ella y a su acompañamiento durante dos días y lo propio sucedió por todo el reino». Si la princesa hubiera venido para casar con Don Alfonso, Don Jaime hubiera hecho todo lo que se quiera, menos recibir con palmas a la suplantadora de su hija.

La falsedad de los propósitos atribuidos al castellano, respecto al divorcio de Doña Violante y petición para si de la mano de la doncella, arrastra fatalmente la del episodio. Para salir del compromiso, según nuestros cronistas tuvo que casar a su hermano con la bella hija de Haakon. Dados los antecedentes que conocemos, ni el rey se vió en aprieto alguno ni tuvo por lo tanto que hacer más que cumplir lo pactado.

IV. Conclusión.—Para cerrar estas páginas resumamos en dos palabras, la resultancia austera de los hechos. Casados los infantes, por razones de Estado probablemente, no es de extrañar que sus nupcias fueran seguidas de un período de tirantez conyugal. Ni la aragonesa, ni el castellano, habían acudido al tálamo, a impulsos libres de su corazón, sino movidos por el propósito, en fin de cuentas generoso, de evitar a España los horrores de una guerra entre dos reinos cristianos. El amor vendría después, pero al celebrarse las bodas aun no había llegado. El caso no es insólito en los anales de los reyes. Lo que entretanto hiciera Don Alfonso, desabrido con su mujer, no aparece a la luz de la historia, con caracteres bastante graves, para empañar el brillo de su memoria y quebrantar el prestigio de su conducta privada. Y menos todavía, si se recuerda que en aquel tiempo hubo monarca cuya vida íntima se nos muestra llena de lunares, no obstante la gloria mercedísima con que bajo el aspecto público ha llegado su memoria hasta nosotros. Los sucesos del Plá del Bon Repós, pusieron término a la posible situación enojosa de los dos esposos y el nacimiento de Doña Berenguela consolidó definitivamente la felicidad del matrimonio. El amor ya había llegado. Bien lo prueba la prole numerosa que siguió luego, compensando con creces la supuesta esterilidad de los primeros años.

Los planes de divorcio, las pretensiones del rey a la mano de Doña Cristina, el conflicto surgido a su llegada a España y la solución que se dió al caso, sacrificando a la princesa, no son más que invenciones del primero que tocó el asunto y deslices de los cronistas que después las aceptaron, sin detenerse a depurar lo que escribían. Y véase por donde, para que siempre haya de todo bajo el sol, el mayor fondo de verdad de los hechos expuestos, no ha llegado hasta nosotros amparado en los libros de autores sapientísimos, sino escondido en una bella y ya casi olvidada, leyenda popular.

FRANCISCO FIGUERAS PACHECO

Correspondiente en Alicante, de la Institución Fernán - González,